

CAPÍTULO UNO

LOS FRANCO

FRANCISCO FRANCO BAAMONDE —luego añadiría una h a su segundo apellido— nació el 4 de diciembre de 1892 en El Ferrol, ciudad gallega que, desde que en 1726 se estableciese en ella una base naval, fue siempre feudo de la Marina de Guerra.

Situada en la desembocadura de una ría, El Ferrol disponía de un magnífico puerto natural y era una auténtica plaza fuerte, casi inexpugnable desde el mar, rodeada de montañas y muy mal comunicada por tierra con otras poblaciones. Por entonces contaba con unos veinte mil habitantes, rígidamente compartimentados en diversos estamentos sociales donde los marinos de guerra constituían la casta privilegiada, por encima de militares de tierra, profesionales, comerciantes, industriales, artesanos, obreros, pobres, tullidos, mutilados de guerra, etc. Como el propio Caudillo recordaría en su vejez, «el ambiente de la ciudad era profundamente naval, pues no en vano pertenecía a la Marina la mayoría de las actividades de su población. La vida, hecha al empaque de una sociedad jerarquizada, era modesta y sencilla, aunque a espaldas de estas apariencias se registraban irritantes desigualdades sociales. Recuerdo lo que impresionó mi sensibilidad infantil el bajísimo nivel de las aguadoras que suministraban agua a las casas. Después de hacer grandes colas en las fuentes públicas, a la intemperie, percibían 15 céntimos por transportar y subir a los pisos, sobre la cabeza, sellas (herradas) de 25 litros. O aquel otro caso, de mujeres que en el puerto descargaban, por una peseta de jornal al día, el carbón de los barcos»¹.

De ahí le vendría a Franco el prurito de lo social que siempre quiso dar a su régimen.

Los Franco, en sucesivas generaciones, pertenecieron a la rama administrativa de la Marina, desde que Juan Franco Doblado llegase de Puerto Real (Cádiz) y, tras probar su «limpieza de sangre», fuese nombrado maestro de velas en 1730. Por su estatus social, rehuían el trato con funcionarios civiles, comerciantes y trabajadores, aunque, a su vez, eran contemplados con altivez por los verdaderos marinos, por los que ocupaban los puestos de mando en los navíos. Pero se consideraban hidalgos, es decir, nobles sin título y sin medios de fortuna, apegados a glorias pasadas y a viejos valores, y depositarios de cierta superioridad moral sobre la mayoría social. Llevaban una vida ordenada y tranquila.

El que luego sería Caudillo de España fue bautizado con los nombres de Francisco, Paulino, Hermenegildo y Teódulo: «El primero en recuerdo de mi abuelo ya fallecido. Los siguientes por mis padrinos, y Teódulo, por el santo del día. Sin duda no quisieron ponerme Bárbaro, que sería el otro santo del día que me habría correspondido».

El abuelo, Francisco Franco Vietti, viajó en su juventud a ultramar, participó en la curiosa aventura española en apoyo de los franceses en la Cochinchina y alcanzó la más alta categoría militar lograda en la familia. Profundamente cristiano y muy austero, gozó de una posición económica desahogada y pudo comprarse una casa de tres pisos casi en el mejor sitio de la ciudad, en la calle de María. Allí nacería, mucho después, su nieto Francisco Franco Bahamonde. El abuelo se había casado con doña Hermenegilda Salgado-Araujo, hija también de un alto funcionario naval, y había tenido tres hijos: Nicolás, el primogénito y padre del Caudillo; Hermenegilda, la tía «Gilda», una mujer excéntrica que permanecería soltera hasta su muerte en 1940, y Paulino, del cuerpo administrativo de la Marina, fallecido a los veintitrés años.

LOS PADRES

Don Nicolás Franco Salgado-Araujo, siguiendo la tradición familiar, ingresó a los dieciocho años en la Academia de Administración Naval de El Ferrol como alumno de segunda clase. Sus profesores, en vísperas de su viaje a Madrid para el examen de fin de

carrera, lo avalaron como uno de los discípulos más distinguidos, por su singular aplicación, clara inteligencia y amor al Cuerpo, haciendo notar al mismo tiempo su carácter independiente, sumiso y exigente a la vez, así como su forma de ser un tanto atrabiliaria, abierta y extrovertida. Aunque trabajador y aplicado, se mostraba disconforme con el estrecho panorama que el mundo le ofrecía. Haría una brillante carrera en la Marina, alcanzando el grado de Intendente General, equivalente a Vicealmirante, y se jubilaría a los sesenta y nueve años. Pundonoroso y disciplinado en el trabajo, fuera de la oficina siempre le gustó vivir la vida, gozar y tener toda suerte de aventuras.

Cuando a los veintiún años llega a Madrid, en plena Restauración borbónica, tras una turbulenta época que aún colea, se va liberando mentalmente y empieza a cuestionarse los rígidos principios en los que ha sido educado. A petición propia es destinado a Cuba, donde tendrá oportunidad de ver mundo y conocer el variopinto universo colonial. Por entonces Cuba vivía momentos de esplendor, incertidumbre e inquietud política, tras haberse firmado con los rebeldes la Paz de Zanjón, por la que se concedía cierta autonomía a la isla. La corrupción era generalizada entre los funcionarios españoles, que tenían bastantes posibilidades de enriquecerse en poco tiempo, aunque el ron, las mulatas y el juego arruinaban la carrera de muchos militares.

Nicolás Franco vive allí como un oficial joven, soltero, jarañero y mujeriego, pero acreditando su honestidad en el desempeño de su cargo, como contrapunto a la liberalidad de su conducta. Al retornar a su tierra, se percata más que antes de la estrechez y monotonía de la vida ferrolana, pendiente siempre de la llegada del último barco, del cumplimiento de los deberes y de los cotilleos de cada día.

Tras unos años en la Comandancia de Marina, Nicolás pedirá el traslado a Filipinas: una nueva evasión que calmará sus ansias de aventuras. Primero será el largo viaje, que le hace sentirse ciudadano del mundo, y luego Manila, donde la «buena sociedad» mima a los militares y marinos de la guarnición, quienes disfrutaban de la indolencia tropical y del suave erotismo del ambiente. Nicolás Franco cumplía con sus obligaciones en la base naval de Cavi-

te, pero en absoluto era insensible a las incitaciones ambientales. Por su apostura física, tenía éxito con las mujeres y, en una de sus aventuras, sedujo y dejó embarazada a una joven de catorce años. Reconoció a su hijo, que nació en 1889, poco antes de regresar definitivamente a la Península².

De nuevo en El Ferrol, el ya maduro Nicolás continúa con sus hábitos de oficial colonial, con sus peñas de amigos, sus juegos en el Casino Naval, sus correrías nocturnas, etc. Muchos le consideran un solterón empedernido, que hace lo que quiere y que dice lo que le viene en gana, sin importarle las críticas de la gente. Envidiado por su posición desahogada y por su conducta abierta, sus compañeros de cuerpo no le estiman demasiado, tanto por sus ideas liberales como por sus actitudes escasamente convencionales y nada militaristas. Con frecuencia se manifiesta a contrapelo de los hábitos profesados en el estamento al que pertenece, sin dejar por ello de cumplir sus deberes profesionales. En su Hoja de Servicios constarían numerosos elogios y alguna reprensión por su carácter independiente y excéntrico, a la vez que insobornable y exigente³.

Por la amistad de su padre, ya fallecido, con el intendente general de la Armada don Ladislao Baamonde Ortega de Castro, Nicolás Franco Salgado-Araujo conoce a su hija Pilar, una chica guapa, distinguida y diez años más joven que él. Ambas familias gozaban del mismo estatus social, aunque la de ella tenía una vieja historia de linaje nobiliario y bienes raíces. Esos bienes quedaron, a lo largo del tiempo, bastante mermados, pues muchas de las casas y tierras estaban aforadas y fueron redimidas por sus arrendatarios más antiguos. Pilar Jaraiz, sobrina carnal de Franco, recordaría que, siendo niña, había ido alguna vez con su abuela, Pilar Baamonde, a cobrar el canon a los antiguos colonos: «Pagaban un pequeño tanto anual e iban redimiendo aquellas cargas hasta ser propietarios en el momento en que terminaban los pagos»⁴. Don Ladislao, de firmes principios religiosos y profundamente conservador, había educado a sus dos hijas en el culto a las formas sociales y a las buenas costumbres. La mayor, Pilar, era una hermosa mujer, de mirada serena y melancólica, vestida siempre con elegante seriedad. De carácter firme y algo distante, discretamente sufrida y con una conducta

siempre medida y autocontrolada, tenía un acusado sentido religioso de la vida, pero se preocupaba mucho más de las apariencias que del fondo. Todo lo contrario que su futuro esposo.

Don Nicolás Franco, contador de navío de treinta y cuatro años, y doña Pilar Baamonde, de veinticuatro años, se casan el 24 de mayo de 1890 y se instalan en la casa de la calle María, cuya parte trasera ocupa por temporadas la tía Gilda y cuyos bajos alquilan a una familia modesta, pues no andan sobrados de fondos. Allí nacerán sus cinco hijos: Nicolás, Francisco, Pilar, Ramón y Pacita —muerta a los cuatro años de edad—. Francisco Franco describiría así a su familia: «Nuestra familia estaba compuesta por mis padres, que respondían al tipo medio de señores de entonces: ellos severos, adustos, autoritarios, fríos en religión, que consideraban cosa de mujeres; ellas virtuosas, creyentes fieles, que constituían el verdadero ángel del hogar. Religiosas y amparadoras de los hijos, ante los que, muchas veces, tenían que hacer de madre y de padre. La completaban los cuatro hermanos: Nicolás, Francisco, Pilar y Ramón, distanciados entre sí 14 ó 15 meses, excepto Ramón, que se distanciaba de mi hermana 2 ó 3 años»⁵.

Era una familia típica de clase media-alta de El Ferrol de aquellos tiempos, donde era frecuente que los padres embarcasen y las madres tuvieran que cuidar solas de los hijos. En su caso, Francisco Franco vivió a su padre como alguien especialmente adusto y autoritario que, aunque no embarcaba, pasaba todo el tiempo fuera de casa, y a su madre como el «ángel del hogar».

Los padres, de tan diferente mentalidad, difícilmente podían llevarse bien, y de hecho sus relaciones tenían cada vez mayores fisuras. Durante los primeros años de matrimonio funcionó aparentemente bien, y don Nicolás se sentía contento, enamorado y atraído por el encanto y la belleza de su esposa. El haberse casado con una de las mujeres más guapas y admiradas de El Ferrol satisfacía su vanidad y gratificaba su narcisismo. Pero eso no podía bastar para siempre, y probablemente se fue sintiendo cada vez más incómodo en la relación conyugal, al no verse suficientemente correspondido en el afecto por su esposa, escasamente sensual, poco espontánea, excesivamente responsable y por completo identificada con su rol tradicional de esposa y madre. En contraste con el

marido, de talante liberal y abierto, doña Pilar era más bien conservadora, extremadamente piadosa, casi una santa. Lo decían todos los que la conocían; era admirable su temple ante el sufrimiento, su tranquila sonrisa en la adversidad. Sus hijos la adoraban por la entereza y resignación con que sobrellevaba las tristes dificultades de su matrimonio. «Los disgustos que pudiera darle mi padre por su carácter fuerte, los llevaba con paciencia y con muy buen humor. Jamás le oí una mala contestación a mi padre», diría su hija Pilar⁶.

Es muy posible que se fuese decepcionando a medida que fue conociendo a su marido, y a no gustarle su forma de comportarse: parlanchín impenitente, socarrón, indiscreto, exigente, que no guardaba las formas, que se saltaba las normas, que cumplía mal en sus relaciones sociales, que no hacía lo que debía, que bebía más de la cuenta, que llegaba tarde a casa, que descuidaba el vestir, que no la acompañaba a rezar el rosario o a misa, que era demasiado duro con los hijos, etc. Porque si en la calle era abierto y liberal, en casa pretendía imponer una disciplina cuartelera. No es extraño que ella se fuese alejando respetuosamente del marido, aunque cumpliera a la perfección con las obligaciones de una esposa y pusiese su mayor interés en guardar la mejor compostura, en el cuidado del hogar y en el «amparo» de los hijos, especialmente de Paquito, tan bueno, tan frágil, tan callado, tan apegado a ella. Don Nicolás para nada se correspondía con su modelo de hombre idealizado, trasunto de la imagen de su propio padre.

Al referirse a su abuela materna, Pilar Jaraiz Franco se muestra sutilmente comprensiva: «¿Qué podía hacer una señorita perteneciente al clan de los privilegiados marinos, en una ciudad como Ferrol, más que ocuparse de las labores de la casa, soñar con el príncipe azul en forma de alférez de navío y rezar por la salvación de su rey niño, de poca salud, que pudiera proporcionar esperanza y salvar a la patria en peligro? Es de esperar que algo de esto haría mi abuela Pilar». No hay duda de que, para ella, ese «rey niño», de poca salud, fue su hijo Paquito, en quien depositó toda su esperanza de mujer frustrada en su matrimonio, como futuro salvador de su madre-patria. Franco siempre se sintió psicológicamente respaldado por su madre, hasta que ésta fue reemplazada por la esposa.

Doña Pilar Baamonde cultivó, tal vez excesivamente, la custodia de la propia dignidad y la de toda la familia, ocultando discretamente sus desdichas y estrecheces. Y supo inculcar a sus hijos varones el afán de promoción, de llegar a más, de ser importantes, de alcanzar la gloria, aun a costa del mayor sacrificio y de cualquier esfuerzo. Pilar Jaraiz ha descrito con veneración la casa de la abuela: «En el dormitorio estaba la gran cama, muy ancha, con colcha blanca de hilo bordada a mano. Era un lugar que siempre me impresionaba, y en ese lecho habían nacido mi madre y mis tres tíos, aparte de Pacita, la hermana fallecida de niña. Porque mis tíos eran en aquel tiempo, para mi imaginación de niña, como unos caballeros andantes protagonistas de grandes hazañas, que aparecían de pronto en casa cargados de regalos y de bromas y alegrías, para desaparecer como por encanto y ausentarse meses y meses. Siempre estaban presentes en mi memoria y parecían poblar las habitaciones vacías de mi abuela Pilar (...) Pero cuando más íntimamente disfrutaba era cuando la abuela y yo nos reuníamos en el cuarto de estar. Yo la veía leyendo, con un libro o una revista abiertos, o con la aguja en la mano, ocupada en mil cosas, pensativa muchas veces, otras, lejana y ausente. Siempre era muy dueña de sí misma y parecía sin querer ganada por la melancolía, con su óvalo de rostro perfecto, de facciones hermosas, mirando a lo lejos no sé qué escenas o rostros queridos. La he visto escribiendo cartas a sus hijos, de muchos pliegos, o quizá le escribía a alguien más a quien su pensamiento no podía abandonar».

¿Le seguía escribiendo al marido, apartado de ella a los diecisiete años de la boda?

Doña Pilar Baamonde fue, sobre todo, una madre esforzada y sacrificada, incansablemente entregada a los hijos, sin la menor queja, sin ningún alarde. Lo dijo, entre otros, Francisco Franco Salgado-Araujo, el inseparable primo del Caudillo, que desde niño, al quedarse huérfano, fue tutelado por los padres de éste: «Nuestra tía Pilar era una verdadera madre para nosotros y la queríamos entrañablemente. Sus consejos y enseñanzas y su arraigada religiosidad fueron de gran valor en nuestra educación. No fue lo feliz que merecía ser por todos los conceptos, ni en su matrimonio ni tampoco con sus hijos, ya que para una madre tiene que ser muy

doloroso tenerlos casi siempre en peligro, como le ocurría con Paco y Ramón»⁷.

Sin duda, Paco llegaría a darle también satisfacciones, pero Ramón le haría sufrir siempre.

LA AUSENCIA DEL PADRE

Por su parte, don Nicolás se sentía cada vez menos satisfecho en su matrimonio, y su carácter se iba agriando y endureciendo, al tiempo que se distanciaba del hogar. En cierto modo, volvía a hacer vida de soltero. Pasaba mucho tiempo fuera de casa, llegaba tarde a menudo, quizá algo bebido y malhumorado. Permanecía horas y horas en el casino, charlando con quien quería escucharle, tal vez jugaba a las cartas, y quizá frecuentaba algún burdel. La vida en El Ferrol se le hacía monótona, agobiante, y acentuaba su insatisfacción matrimonial. La discrepancia en las costumbres y puntos de vista aumentaba el distanciamiento entre los dos cónyuges. Don Nicolás, despreocupado y abierto a los disfrutes de la vida, se entendía cada vez menos con doña Pilar, austera, recatada y conservadora, como la mayoría de las mujeres y madres españolas de la época.

Es posible que con otra mujer hubiese soportado mejor los convencionalismos familiares, pero ella no estaba dispuesta a comportarse mínimamente como amante, además de esposa y madre. Sintiendo rechazado, reaccionaba con egoísmo y mal humor, tratando de reafirmar su identidad y de apuntalar su autoridad en la casa, e incurriendo con frecuencia en actitudes despóticas. Sus hijos coincidieron en señalar su carácter brusco y exigente, su extrema severidad en el trato familiar, su autoritarismo creciente. Doña Pilar se había adaptado a aquel «tirano doméstico», pero en el fondo no cedía en sus principios y no admitía componendas. Activa, responsable, serena, no alzaba nunca la voz y ocultaba sus penas y aprensiones, pero sabía mostrarse firme cuando la necesidad lo requiriera. Aun con su silencio, don Nicolás se sentía juzgado, acusado, culpabilizado, y no podía soportarlo. Inevitablemente, los hijos se fueron poniendo de parte de la madre: «Mi padre tenía muy mal carácter, pero mi madre era una santa y a todo decía amén», dirá Pilar Franco.

Fue precisamente a partir de la muerte de Pacita, la quinta hija, cuando don Nicolás perdió todo interés por su esposa, sin que ésta hiciese nada por recuperarlo, iniciándose entonces una ruptura que sería casi irreversible. Doña Pilar aguantaba y sufría en silencio, y se entregaba a la oración y a la familia, de la que su marido se sentía cada vez más excluido. Paralelamente, don Nicolás iba desprestigiándose frente a los demás, frente a los propios hijos. Sin embargo, los había querido mucho. Se preocupaba por ellos, les hablaba, les enseñaba cuanto podía y sabía y les incitaba a estudiar, aunque se mostrase muy severo con ellos por entender, de acuerdo con la mentalidad de la época, que era la mejor manera de educarlos.

A menudo se sentía animoso y dedicaba todo su tiempo a los niños, a los que llevaba a pasear hasta la dársena del puerto, donde veían zarpar los barcos, o hacían excursiones por la costa, donde se extasiaba mirando al mar, tal vez recordando con nostalgia sus estancias ultramarinas. Lo ha contado Franco Salgado-Araujo: «A nuestro tutor, que contaría entonces unos 45 años, le gustaba mucho pasear con sus hijos por los alrededores de El Ferrol; como es natural, también íbamos mi hermano menor y yo (...) En nuestros largos paseos por tierra, por las carreteras, caminos y montañas de la ría ferrolana, fomentaba nuestra cultura y unión fraterna. Mi tutor, que era un hombre muy inteligente y ameno, hablaba constantemente, nos describía las diferentes clases de terrenos, árboles, pájaros, ganado, etc., todo cuanto consideraba de interés que supiésemos; lo mismo cuanto se relacionaba con las comunicaciones telegráficas y telefónicas, electricidad, etc. Si paseábamos por un camino costero y se divisaba de cerca un barco, se apresuraba a describirlo, pudiendo asegurar que nos aprendíamos la técnica marinera y la nomenclatura, lo que jamás olvidé. No olvidé tampoco las magníficas lecciones de historia naval ferrolana»⁸. Cabe imaginar el embelesamiento con que escucharían aquellos niños, y entre ellos el soñador Paquito, las lecciones e historias del padre, que, sin duda, aparecería entonces ante sus hijos como una figura idealizada, como un gratificante modelo de identificación para el futuro.

Pero se fue haciendo cada vez más exigente y severo con los hijos, a medida que éstos fueron creciendo, y les obligaba a cumplir

al máximo con sus deberes y con los estudios. Era especialmente duro con Nicolás, el hijo mayor y tal vez su preferido, pues consideraba que era muy inteligente pero que estudiaba muy poco. Se cuenta que, siendo ya guardiamarina, con dieciséis años, cuando iba a casa y no presentaba las buenas calificaciones que el padre le exigía, Nicolás era obligado a meterse detrás del sofá y a permanecer allí horas y horas⁹.

Paquito era más astuto y habilidoso, procuraba cumplir con sus tareas y quedar bien, sin esforzarse demasiado. De pequeño fue quien menos disgustos dio al padre, si bien éste no esperaba mucho de él. Le tenía miedo, y por ello fue un niño bueno, callado y prudente, aunque se indignaba en su fuero interno cuando le castigaba injustamente. El desafecto del padre le iba creando un resentimiento cada vez mayor. Su aire enfermizo y su escasa desenvoltura le daban una apariencia de tontito que ponía nervioso a don Nicolás, lo que le vinculaba más estrechamente a la madre, que tendía a protegerlo por su fragilidad física. Por eso, la influencia materna fue mayor en él que en los demás hermanos. Paquito estaba muy encariñado con la madre, la acompañaba a comulgar y a otras devociones religiosas, y cada vez se parecía más a ella, serio, prudente, responsable, religioso.

Pero, ¿cómo influyó el comportamiento de los padres en el desarrollo de la personalidad de los hijos, y en concreto de Francisco Franco? No es posible saberlo con certeza, pero se puede aventurar alguna hipótesis verosímil. Parece claro que Paquito fue «amparado» por la madre frente a un padre distante, severo y «ausente», dándole una imagen positiva para la identificación, una imagen de persona equilibrada, sensata y serena, que no le angustiaba, que no le amenazaba si hacía algo malo y que sólo le advertía, de alguna manera, contra un padre despótico. Muy probablemente, fue amado por la madre, pero con un amor que tenía poco que ver con el goce, pues sobre todo hacía referencia al deber, a la moral, al sacrificio. La madre se le presentaba como una mujer perfecta a la que debía estar reconocido, porque, frente a las supuestas deficiencias y arbitrariedades del padre, ella asumió toda la carga de la familia y se entregó a los hijos. Paquito fue, seguramente, quien mejor pudo captar el sufrimiento materno, pues era él quien más

encariñado estaba con la madre. Lo que implicaba el desprestigio de la figura paterna, presentada como amenazante para la madre y para toda la familia, como alguien peligroso y con quien no convenía identificarse.

Paquito, por la idealización que hizo de la madre, temía y odiaba al padre, que la dañaba y humillaba. Su odio, que nunca pudo verbalizar ni superar, quedará rígida y definitivamente impreso en su actitud y comportamiento, frío, distante y hostil frente a su padre, con el que nunca podría identificarse. Por eso los rasgos más definitorios de su personalidad, sus actitudes y hasta sus ideas, fueron casi antagónicos de los del padre: poco hablador, socialmente retraído, escasamente espontáneo, prudente, discreto, astuto, etc. Y hubo de adoptar el discurso por el que la madre expresaba el rechazo que le provocaba el deseo del padre. De ahí su puritanismo, su resentimiento, su rebeldía latente, su rígida autocontención, presentes en Franco desde su infancia.

La advertencia materna contra el padre había reforzado en el niño el temor de una amenaza imprecisa, de la que no era fácil defenderse, la desconfianza frente a los demás y el odio hacia cualquier posible agresor, pronto identificado como enemigo. Latía en su inconsciente una permanente e intensa «ansiedad persecutoria», que luego cristalizaría en su miedo-odio a los masones, liberales, comunistas, etc. Por otra parte, la protección de la madre, por su frialdad afectiva, no podía bastarle, y debió aumentar su resentimiento y generarle una fuerte frustración oral, configurando la condición inicial para que necesitase defenderse siempre contra el exceso de odio y envidia a través de fantasías compensatorias de poder y grandeza, y de la búsqueda interminable de un «yo» narcisistamente idealizado.

RUPTURA FAMILIAR

En cuanto a doña Pilar, ausente el amor conyugal, buscará llenar ese vacío con los hijos y tratará de mantener unida a la familia, perpetuando en ella el orden de los valores sólidamente tradicionales que le había inculcado su padre, don Ladislao, convertido en auténtico patriarca. Como consecuencia, don Nicolás se siente

ajeno a su propia familia, cada vez más disconforme, malhumorado y taciturno. Desasistido afectivamente en su casa, incómodo en el trabajo y poco apreciado por la gente, se enfada con facilidad, pierde la paciencia a menudo y, si alguien le lleva la contraria, ya sea su mujer, sus hijos o cualquier otra persona, provoca escenas borrascosas.

Por todo ello, en 1907 acepta de buen grado un nuevo destino en Madrid, que le obliga a vivir fuera de la casa durante al menos dos años y que supone su ascenso al grado superior en su carrera profesional. De modo que, guardando las formas y evitando el escándalo, abandona el hogar ferrolano, negándose a que la familia le acompañe en su destino madrileño. Así se inicia una separación conyugal que será definitiva, aunque al principio se presente como temporal y forzada por un simple traslado profesional. Durante algún tiempo se mantienen las falsas apariencias, y don Nicolás no pierde el contacto con la familia, a la que envía puntualmente el dinero necesario para el sostenimiento de la casa, cosa que nunca dejará de hacer. Pero no volverá más al hogar familiar y se instalará definitivamente en Madrid, ciudad que le había dejado grata impresión en su juventud.

No cuesta mucho prescindir del padre en la casa, donde se acabará por no hablar de él, como si nunca hubiese existido, sobre todo cuando al año siguiente de su partida llega a El Ferrol la noticia de que vive con otra mujer. Algo vergonzoso para toda la familia, un deshonor que se quiso paliar presentándolo como la fuga de un viejo, seducido por una criada de la casa que pretendía aprovecharse de su dinero. Los cónyuges no volverán a verse hasta 1916, cuando su hijo Francisco caiga herido en Marruecos y acudan juntos al hospital de Ceuta. Allí permanecerán durante un mes, al cabo del cual el padre volvería a Madrid, mientras la madre se quedaba hasta el restablecimiento del hijo, con el que luego partiría a El Ferrol.

La separación física de los padres coincide con el inicio de la dispersión de los hijos: Nicolás tiene dieciséis años y es alumno de la Academia Naval; Paquito, con algo más de catorce años, se dispone a ingresar en la Academia de Infantería de Toledo; Pilar, con doce años, está interna en un convento de monjas. Ramón, con

once años, es el único que permanece en casa, hasta su ingreso en la Academia de Toledo tres años más tarde.

Doña Pilar, que por entonces tiene cuarenta y un años, reacciona encastillándose en El Ferrol, donde se siente segura por la presencia de su padre, que, viudo, se va a vivir a la misma casa y la ayuda económicamente. Don Ladislao tiene sesenta y un años, está lúcido y diligente, y supondrá un firme apoyo para ella durante los próximos diecinueve años. Ella puede reorganizar su vida, mejorar su hogar, frecuentar a sus amistades, acentuar sus prácticas religiosas y dar clases en una escuela nocturna para obreros. Los hijos se van haciendo mayores, se emancipan y viven fuera del hogar materno, pero ella estará pendiente de sus cartas y de sus frecuentes visitas, disfrutando con sus éxitos, enorgulleciéndose de sus gestas, aunque sufriendo por los riesgos que corren. Vestirá siempre de negro, incluso antes de la muerte de su padre, como si algo muy profundo hubiese muerto en ella y su luto fuese eterno. Contará con la presencia de su hija Pilar, que, casada, vivirá cerca de la casa, con sus numerosos hijos. Pero en 1931 Pilar Franco se traslada con toda su familia a Madrid, y ella se queda sola en El Ferrol, acompañada de Manuela, la fiel criada de tantos años.

En 1934 viaja a Madrid, de paso en una peregrinación a Roma. Se aloja en casa de su hija, a donde acuden Nicolás desde Valencia y Francisco desde Baleares (Ramón vive entonces en Washington). Una mañana, al salir de misa, cae enferma de pulmonía, y muere poco después, a los sesenta y un años de edad. «Mi gran disgusto fue la muerte de mi madre», dirá Francisco Franco casi al final de su vida. Don Nicolás, su marido legal, no fue al entierro.

Don Nicolás llevaba muchos años apartado de la familia, porque, con su convivencia no legitimada con otra mujer, era una vergüenza para casi todos. Aunque él seguía añorando a sus hijos. La madre siempre había recomendado a éstos que, cuando estuviesen en Madrid, le visitasen. Lo hacían esporádicamente Nicolás y Ramón, a quien no le gustaba que le preguntasen por su padre; se ponía triste y se sentía bastante incómodo. Pilar, identificándose con la madre, se sentía agraviada y no acudía a una casa donde su padre vivía en concubinato con otra mujer, pero le recibía en su

propia casa y frecuentemente le enviaba a sus hijos, con quienes el abuelo siempre se mostraba afectuoso.

En cambio Francisco no le veía prácticamente nunca. Debía sentir un intenso rencor hacia el padre, al que de pequeño había idealizado, para decepcionarse pronto y profundamente. Estaba resentido contra él porque había ofendido a su adorada madre, porque le temía y nunca se había atrevido a enfrentarse a él, porque le había postergado siempre con respecto a los demás hermanos. A su vez, el padre nunca se había reconocido en aquel hijo tímido, imparable y puritano, pues Francisco no le perdonaba el «horrible» pecado de vivir con una mujer que no era la suya. Aunque su amigo Nieto Antúnez contó que, a finales de 1933, Franco fue a ver a su padre para anunciarle la próxima visita de la madre y plantearle un ultimátum: «Si abandonas esta vida y regresas con los tuyos, todo lo pasado será olvidado. Si no lo haces, perderás a un hijo»¹⁰. Don Nicolás debió rechazar de plano tal propuesta.

Poco tiempo después, tras la muerte de doña Pilar, hubo de reunirse toda la familia para dar cumplimiento a las disposiciones testamentarias. El padre llegó tarde, apenas saludó, y ni siquiera se quitó el sombrero. Francisco quiso, educadamente, presentarle a su cuñado, Serrano Súñer, que estaba allí en calidad de abogado, pero él le respondió desconsideradamente, casi despreciándole.

EL ANTIFRANQUISMO DE DON NICOLÁS

Don Nicolás llevaba bastante tiempo viviendo a sus anchas en Madrid. Se sentía libre, lejos de la murmuración, del opresivo ambiente ferrolano y de las gentes a las que tanto escandalizaba. Su llaneza de trato, su complacencia, su locuacidad y sus ingeniosas ocurrencias, le hacían propicio a las tertulias y a ganarse la simpatía de los demás. Se distanció de los ambientes militares, frecuentó a personas sencillas y de mentalidad liberal o incluso republicana, y adquirió gran desenvoltura para expresar públicamente y a plena voz sus opiniones, a menudo discordantes y hasta explosivas. Despotricaba, por ejemplo, contra la guerra de Marruecos, a la que su hijo Francisco había acudido voluntariamente en busca de una gloria que le compensase de las frustraciones adolescentes.

A los cincuenta y tres años, don Nicolás conoció a Agustina Aldana, una chica joven, hija del secretario del ayuntamiento de un pueblo de Segovia y maestra de profesión. La enamoró, y pronto comenzaron a compartir sus vidas, aun sin poder casarse. Agustina era una mujer guapa, culta y educada, de mentalidad abierta e independiente. Dulce, amable, discreta y afectuosa, supo entender y hacer feliz a don Nicolás, con quien vivió más de treinta años. Cuando Pilar Jaraiz la conoció, en los años treinta, era una mujer de mediana edad, todavía guapa, de buen carácter, hacendosa y trabajadora. «Mi abuelo la trataba con confianza y deferencia, menos cuando se enfadaba por cualquier cosa. Entonces nos gritaba a ella y a nosotros. Estoy segura de que Agustina cuidaba mucho al abuelo y tenía una paciencia infinita con sus impertinencias».

Con ellos vivía una niña que algunos tomaron por su hija, aunque realmente era sobrina de Agustina. A su modo y manera, los tres vivieron felices y sin problemas, en una vivienda típica de clase media, en la calle de Fuencarral. Cuando doña Pilar Baamonde murió, don Nicolás quiso casarse, pero Agustina se negó siempre, para que nadie pudiese creer que se había unido al intendente por su posición y para heredarle a su muerte. Sin embargo, el dramaturgo Jaime Salom, que investigó cuanto pudo la vida del padre de Franco, encontró a alguien que los conoció de cerca y que afirmaba que se habían casado por lo civil, aunque el matrimonio sería luego anulado por el decreto franquista de 1938 que invalidaba todos los matrimonios civiles efectuados en la época republicana. De ser esto cierto, se explicaría la manifiesta agresividad de don Nicolás contra el Caudillo de España.

Al enviudar, don Nicolás decidió pasar los veranos en El Ferrol, alojándose en la casa de la calle de María, que seguía siendo de su propiedad y que no ocupaba nadie. Su presencia en las calles de su pueblo, junto a Agustina y su ahijada, despertaba todo tipo de cotilleos, a los que él respondía con gestos bruscos y con las primeras palabras que le venían a la mente. Allí le sorprendió, en julio de 1936, el estallido de la Guerra Civil, conmoviéndole profundamente la dura represión de los «nacionales», que afectó a muchas personas conocidas y antiguos compañeros suyos.

Aunque estaba disconforme con todo lo que estaba pasando, en principio se abstuvo prudentemente de manifestarse en contra. Tuvo que contenerse cuando se enteró del fusilamiento en Marruecos de su sobrino De la Puente Bahamonde, con la plena anuencia de su hijo Paco. Por su mente, sin duda, debió pasar el recuerdo de aquellas lejanas excursiones con sus hijos y con sus sobrinos. Sobrecogido y aterrorizado, no quería hablar con nadie que no fuera Agustina, y se quedó atónito al saber que su hijo Paco había sido proclamado Generalísimo de los Ejércitos Nacionales y Jefe del Estado. Cuando el nuevo Estado fue mostrando sus características totalitarias, no pudo contenerse: «¡Esto es fascismo, fascismo!». Reacio a cualquier imposición, se escabullía al encontrarse con algún desfile militar, pues temía verse obligado a hacer el saludo falangista. Le indignaba también la creciente influencia de los curas, que le parecía un fenómeno regresivo y reaccionario. Luego, la muerte en accidente aéreo de su apreciado hijo Ramón, que incomprensiblemente se había pasado al bando «nacional», le descorazonó por completo y le deprimió.

Con el fin de la guerra, don Nicolás Franco volvió a Madrid, a su casa de la calle de Fuencarral, donde moriría tres años más tarde. Su «antifranquismo» fue incrementándose, como pudo comprobar su nieta Pilar Jaraiz, que le visitaba con frecuencia. Sus opiniones eran las de un hombre liberal y contrario a la moral burguesa, avanzadas para su época y desde luego opuestas a las del resto de la familia, si se exceptúa a Ramón Franco en su época revolucionaria o libertaria. A su yerno —el padre de Pilar Jaraiz— no se retraía en llamarle reaccionario y burlarse de su tradicionalismo carlista. De Hitler no podía ni oír hablar, era su «bestia negra» y le aplicaba los calificativos más feroces, afirmando de él que era capaz de destrozar y esclavizar Europa. Hablaba mucho de su hijo Francisco, Jefe del nuevo Estado. «Oí llamarle inepto», cuenta Pilar Jaraiz, «y decía que su hijo se consideraba un estadista y un político de primera clase, como le hacían creer sus muchos aduladores, y que eso era para echarse a reír». «¿A qué llamarán aquí un político?» Otras veces se indignaba con la persecución que había emprendido contra la masonería [¿fue masón don Nicolás?], se burlaba del contubernio judeo-masónico y decía: «¿Qué sabrá

mi hijo de la masonería? Es una asociación de hombres ilustres y honrados, desde luego muy superiores a él en conocimiento y apertura de espíritu. No hace sino lanzar sobre ellos anatemas y culpas imaginarias. ¿Será para ocultar las suyas propias?»

Hablando de estas cosas a veces se excitaba tanto que Agustina le reconvenía, diciéndole que no le beneficiaba excitarse y que no debía decir ciertas cosas delante de sus nietos. Pero él despotropicaba aún más y afirmaba que sus nietos debían saber que su hijo estaba completamente loco y que «nos tenía a todos en sus manos». «Mi abuelo era de izquierdas, estaba contra el régimen franquista, era projudío y defendía a los masones». Odiaba y temía a Hitler, relacionándolo con la expulsión de los judíos por los Reyes Católicos y la pérdida cultural que aquello supuso, sin contar la pérdida humana y la injusticia cometida entonces. Afirmaba que todas las persecuciones no eran más que envidias, sentimientos inconfesables y deseos de achacar los males que aquejaban a los pueblos a cualquier chivo expiatorio¹¹. En una tertulia a la que solía acudir, don Nicolás comentaba: «De mis tres hijos, el más inteligente era Ramón; Nicolás es un petardista, y Paquito sigue siendo tonto»¹².

En la posguerra don Nicolás era un anciano amargado, que no encontraba más consuelo que el de Agustina, pero que todavía se interesaba por lo que sucedía en el mundo y decía lo que pensaba. Se manifestaba a contra corriente sobre la situación política, en un tiempo en que la gente tenía miedo y no se atrevía a hablar. De ese tiempo datan algunas frases suyas recogidas por testigos presenciales, que mostraban lo incorregible de su temperamento: «Si a mi hijo le gustasen las mujeres, otro gallo nos cantaría...». «¡Paquito, Jefe del Estado! ¡Paquito, Caudillo! ¡No me hagas reír!».

Pero, al final de su vida, le preocupaba sobre todo el futuro de su compañera Agustina y el de su ahijada Ángeles. Era muy tacaño, por el empeño que tenía en ahorrar todo el dinero posible para ellas. No se fiaba de los bancos, tal vez porque temiese que, a su muerte, se bloqueasen sus cuentas. Un día le vieron con una maleta llena de dinero, tras haberlo retirado del banco. «¿Confiar mi dinero a esos ineptos, a esos ladrones? ¡Ni hablar! Sobre todo desde que el imbécil de mi hijo está en el poder... ¡A mí no me la pegan!» Su relación de pareja carecía de cualquier reconocimiento legal, y

le obsesionaba lo que, a su muerte, pudiese ocurrirle a Agustina. «Mi todopoderoso hijo te ignorará. Te harán el mismo vacío que, influido por su mujer, le hicieron siempre a Engracia, la mujer de Ramón», le repetía insistentemente a Agustina. Sabía muy bien que a la viuda de Ramón Franco no la habían considerado como su legítima esposa, y que había quedado en la indignancia.

La edad comenzaba a hacer mella en él, y la arterioesclerosis iba mermando paulatinamente sus facultades. Aunque seguía saliendo a la calle, luciendo su atrabiliaria figura, con sus llamativos bigotes y sus desastrados trajes. Un día le robaron diecisiete mil pesetas en el tranvía, y armó tal escándalo que llegó a oídos de su hijo Paco, quien ordenó que pusieran a su disposición un coche oficial. Su salud no era buena, pero él, siempre rebelde, no hacía mucho caso a los médicos. Ya no probaba el alcohol, pero comía cuanto se le antojaba, a espaldas de Agustina. A finales de 1941 su mal estado físico le impidió volver a salir de casa. Su situación empeoró y, el 23 de febrero de 1942, don Nicolás se encontró gravísimo, por lo que Agustina avisó a su familia. En El Pardo se produjo un gran revuelo, pues se temía que el padre del Caudillo muriera en pecado de concubinato. Este no acude a verle, pero le envía un capellán para que se confiese, al que el viejo echa de su casa con cajas destempladas. Entonces Francisco llama a su hermana: «Pilar, papá parece que se muere, ¿vas a ir allí?». «Le contesté que sí, que era mi obligación. Entonces él me ofreció un coche oficial y yo repuse que no, que iría en un taxi».

Acude Pilar Franco al domicilio de su padre, con su hijo mayor, un cura y un médico. Allí, «a la mujer la retiramos, porque claro, no puede llevarse un sacerdote así; la retirarnos a otras habitaciones». Pero don Nicolás se niega a confesarse, y el cura se siente muy violento. El anciano no tiene bien la cabeza, y agoniza, mientras Agustina y su ahijada lloran en la habitación de al lado. Pilar no quiere que permanezcan donde su padre, «porque es cosa de arrepentimiento», y recuerda las instrucciones del hermano: «Mi hermano el Generalísimo me había ordenado antes: en el momento que se muera haz que le pongan el uniforme. Puede ayudarte el médico que se va a quedar ahí contigo. Le ponéis el uniforme, y me lo traéis a El Pardo. Ya estará la caja preparada».

A las cinco de la madrugada, don Nicolás muere, a los ochenta y cinco años de edad. Se le amortaja y se le traslada a El Pardo, mientras que la mujer con la que ha vivido los últimos treinta años queda retenida en casa, consolada por sus vecinos. Franco recibe el cadáver y lo vela en la capilla de El Pardo. Se le rinden honras fúnebres, y el Caudillo despide el duelo a las puertas de su residencia, ordenando que una compañía de Infantería de Marina le rinda honores al ser enterrado en el cementerio de La Almudena. En ese momento no estará presente ninguno de los hijos, ni tampoco Agustina, a la que no se había avisado¹³.

Agustina vivirá muchos años más. Quienes la trataron, la recordaban como una dama digna y solitaria, orgullosa de su amor y de su condición de viuda. La familia de su compañero no quiso saber nada de ella, como él había previsto.

A don Nicolás Franco Salgado-Araujo se le enterró en el panteón familiar, junto a su legítima esposa. Como si no hubiese pasado nada. Al día siguiente, en todos los periódicos apareció su necrológica, glosando su personalidad como pundonoroso marino y como persona de orden, en posesión de diversas condecoraciones militares. El diario *Abc* relató la ceremonia fúnebre en primera página, publicando algunos de los telegramas de pésame recibidos en El Pardo, entre otros los de Hitler, Mussolini, Pétain, etc. Tras el entierro de su padre, Francisco Franco se quitó un gran peso de encima y pretendió borrar gran parte de su pasado. Años más tarde, a las preguntas de un periodista contestaría que don Nicolás había sido un buen padre y que las relaciones habían sido siempre normales. Tal vez quería guardar una imagen positiva del padre, la que se le había grabado en su primera infancia, eliminando todo lo que le había parecido negativo.

Una vez muerto, el Caudillo intentó quedarse con el bastón de mando de su padre, sin conseguirlo, porque sería Nicolás, el hermano mayor, quien orgullosamente lo luciría. Lo explicó Pilar Franco: «Claro, Nicolás no podía dárselo, porque Paco no fue marino de guerra como él. Por otra parte, Nicolás era el mayor de la familia y le correspondía por derecho. No hay que olvidar que, además, llevaba el mismo nombre y apellidos de nuestro padre».

De este modo, el Generalísimo no pudo heredar el bastón-falo paterno, y simbólicamente quedaría castrado para siempre.

ESPÍRITU DE RAZA

El mismo año en el que muere don Nicolás Franco se estrena la película *Raza*, realizada por José Luis Sainz de Heredia y basada en un libro escrito por el propio Franco, con el pseudónimo de Jaime de Andrade¹⁴.

Raza era un relato claramente autobiográfico en el que, a través de la sublimación y de la idealización fantaseada, el autor pretendía exorcizar los demonios familiares que habían marcado su infancia y juventud. Como se decía en la presentación, «una familia hidalga es el centro de esta obra, imagen fiel de las familias españolas que han resistido los más duros embates del materialismo», síntesis de la vida de una generación y crisol de la vida hispánica.

En el libro, Franco positiviza todo lo negativo de la imagen paterna, presentándola de un modo antagónicamente opuesto a como fuera realmente, e inventando el personaje del capitán Pedro Churruca, descendiente directo del célebre marino español muerto heroicamente en la batalla de Trafalgar. El protagonista, José Churruca, que no es sino la figura metamorfoseada del propio Franco, se queda huérfano siendo niño, de un modo análogo a como Franco se sintió huérfano cuando su padre abandonó el hogar familiar. Desde entonces fue como si su padre hubiese muerto para él, aunque no pudiese enterrarlo realmente hasta treinta y cinco años después. Pero a Franco, en *Raza*, le traiciona el inconsciente, y le retorna lo reprimido, desde el momento en que elige como narrador el pseudónimo de Jaime de Andrade, el mismo apellido de la madre protagonista de su novela, Isabel de Andrade, lo que significativamente implica una devaluación del nombre de la figura paterna real.

En el plano consciente de lo que pretende narrar, su padre de ficción aparece como un personaje enteramente positivo, al tiempo que también idealiza el marco de su propio hogar. En el inicio de la novela, en una de las bellas rinconadas de la ribera, un viejo torreón de piedra, de traza medieval, se yergue sobre los

muros blasonados del pazo de los Andrade. En el terrado aparece una joven y bella dama, de distinguido porte, que va a apoyarse sobre la balaustrada, perdiendo su mirada en la lejanía del mar. «Es Isabel de Andrade, heredera del viejo señorío, que en la soledad del caserón devana la madeja de sus inquietudes, mientras dura la ausencia del esposo entregado a los azares del mar».

La idealización del recuerdo es innegable, porque es seguro que la joven esposa de don Nicolás pasaría muchas horas esperando la vuelta a casa del marido, pero desde su casa no podía realmente ver el mar, y su marido no estaba entregado a los «azares del mar», pues jamás embarcó después de su matrimonio, a excepción de algunos cortos viajes. Pero, en el relato de ficción, la madre se dispone a desplazarse con sus hijos al puerto de El Ferrol, donde espera la llegada del padre. José, el segundo de los hermanos, es quien se muestra más contento, tanto que troca la gravedad de la madre «en alegría infantil», aunque pronto ésta se vuelva severa para advertir a Pedro, el hijo mayor: «Ahora llega tu padre. Es necesario que todos le hagamos grato su hogar, que le compensemos de la separación y de sus privaciones. Esto te obliga a ser cariñoso con él, a no contrariarle con peleas ni discusiones con tus hermanos... a estudiar más. Eres el mayor, y, si caben diferencias, el que más quiere». No es difícil identificar este personaje con el hermano mayor de Franco, Nicolás, el preferido de su padre, aunque a lo largo del relato Pedro Churruca adopte el carácter de «oveja negra» de la familia, el de Ramón Franco en la realidad.

A su llegada, el padre abraza a la esposa y, «en el mismo abrazo, coge a sus hijos como queriendo estrecharlos a todos». Luego, todos juntos marchan hacia la ermita del Cristo de los Navegantes —equivalente a la ermita de la Virgen del Chamarra, a donde Franco acompañaba frecuentemente a su madre—. Después llegan a la casa: «¡Qué rápidos pasan los días en la paz de la pequeña Villa! ¡Qué sucesión de intensas emociones; cuánta ha sido la sabiduría de la excelente madre en la formación y cuidado de los hijos! ... ¡Con qué afán se dispone Churruca a llenar su papel de padre, hasta ayer desempeñado por su noble compañera!»

En otra significativa escena, el padre entrega los regalos que ha traído a los hijos: «Para ti, Isabelita [personaje equivalente

a Pilar] , tu historia de Becasine (...) Para ti, José, el cuaderno de tus dibujos y los lápices que deseabas...». Pero la preferencia por el hijo mayor es clara: «Y para ti, Pedro, y en realidad para todos, este hermoso libro de las Glorias de la Marina Española. Veréis qué bonito es». Los tres niños se acomodan a su alrededor, y en el libro van apareciendo efigies de caudillos, grabados de mares y de combates, a la par que el padre va explicándoles detenidamente.

Parece evidente que el narrador pone en juego los recuerdos idealizados de su infancia, cuando su padre real explicaba didácticamente a los niños cuestiones relacionadas con el mar y con los barcos. Y es a su propio personaje, José, a quien más interesado muestra en seguir las lecciones paternas: «Papá, ¿qué son los Almogávares?» «Eran», contesta el padre, «guerreros escogidos, la flor de la raza española. Duros para la fatiga y el trabajo, firmes en la pelea, ágiles y decididos en la maniobra. Su valor no es igualado por ningún otro pueblo en la Historia... Cuando llega la ocasión, no faltan. Sólo se perdió tan bonito nombre, pero Almogavar será siempre el soldado elegido, el voluntario para las empresas arriesgadas y difíciles, la fuerza de choque o de asalto... Su espíritu está en las venas españolas y surge en todas las ocasiones»¹⁵. Es indudable la referencia implícita de Jaime de Andrade a los futuros legionarios.

Luego, el personaje paterno pasa revista a las diversas glorias españolas: Colón, Vasco Núñez de Balboa, Magallanes, Elcano, Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Álvaro de Bazán, la Armada Invencible, etc. Y, finalmente, cuenta a los niños la gloriosa historia de Churruca: «¡Así fue de hermosa la muerte de vuestro bisabuelo!» «No comprendo que el morir pueda ser hermoso», replica el hijo mayor, Pedro. «Lo es, Pedrito, lo es. El Deber es tanto más hermoso cuantos más sacrificios entraña. Sois muy chicos, tal vez, para comprender mis palabras», le responde el padre. «No, papá. Yo te comprendo», interviene rápidamente José, el segundo de los hijos. Con razón decía Pilar Franco que el Generalísimo de pequeño parecía un niño mayor.

Pedrito, a quien en todo momento el padre dirige una atención preferente, no se deja convencer fácilmente e incluso le hace algunas preguntas capciosas. Por el contrario, José —o sea, Francisco—, asiente entusiasmado a cuanto dice el padre, quien les

comenta: «Yo veo en ti [dirigiéndose al mayor] un gran marino del mañana, y en ti, José, un gran militar o un santo». En la realidad, el mayor —Nicolás— fue marino de guerra, aunque luego se pasara a la vida civil, y el segundo —Francisco— fue un gran militar, al que se glorificó casi hasta la santificación.

«Todos los marinos», continúa el buen padre, «son buenos. El que comete una falta, y tiene por ello un correctivo, lo cumple y está purificado. Ha quedado en paz: Es un hombre nuevo. Otra cosa sería si no lo cumpliese...». Jaime de Andrade pone en boca del personaje paterno su propio pensamiento, y esas estremecedoras frases reflejan la filosofía guerrera del Franco legionario, del de la Guerra Civil y del de los años cuarenta: el castigo es bueno porque purifica, pero para el que no lo cumpla... la muerte o algo parecido. Su padre real, ciertamente, nunca pensó de este modo, ni tampoco su hermano Nicolás, que nunca entendió la ideología del deber, de la disciplina, del sacrificio y de la muerte que tan intensamente practicaría su hermano Francisco, según lo había internalizado de su madre.

Pero, siguiendo el hilo de la narración de *Raza*, a continuación sucede que la familia Churruca-Franco va en barco a una romería en Finisterre. «En la popa, Isabel [la madre], apoyada en su esposo, se cubre con un quitasol. A su lado los chicos juegan bañando sus manos en las tranquilas aguas». Pero lo idílico de la narración no dura mucho. Atracan el bote en un modesto embarcadero y, una vez en tierra, atraviesan el pueblo camino de la ermita. «A ambos lados del camino polvoriento, pordioseros de los vecinos lugares muestran a los transeúntes sus miembros mutilados... Reparte Churruca sus monedas entre los pedigüños y el horror de la miseria humana apaga durante unos momentos la alegría que embargaba a la familia». Lo que Jaime de Andrade denominaba «miseria humana» no podía ser otra cosa que el recuerdo de los terribles efectos de la guerra de Cuba que, sin duda, Franco debió ver en su infancia, pues muchos de los marineros que habían combatido en aquella tierra eran de la comarca de El Ferrol. El afán del narrador por glorificar la figura del padre, hizo que se colase el «detalle» de los mutilados en una guerra que en el tiempo histórico que recoge la novela aún no se había producido.

La familia se siente feliz en el bullicio festivo de la romería. De vuelta, andando por la carretera que bordea el mar, ante las filas de romeros, mozos y mozas, que pasan cantando, el matrimonio se siente gozosamente satisfecho. «Y sin embargo, Pedro, qué pocas veces he sabido encontrar esta belleza», le dice la madre al padre. Los romeros se alejan y la brisa trae los últimos acentos de su canto:

¡Ou meu corazón ferido! ala-la-la-la ¡Ou meu corazón ferido!

Jaime de Andrade —Franco— deja patente la deficiente capacidad para el gozo del personaje materno, con lo que parece comprender la frustrada amargura del padre. Efectivamente, la armonía familiar dura poco en el relato novelesco, pues el padre de ficción es pronto reclamado con urgencia para tomar el mando de un crucero que opera en aguas de Cuba, donde la intervención de los Estados Unidos es cada vez más «desaforada». La madre le despide con pena, porque sabe que va a arriesgar su vida, pero se muestra entera y orgullosa: «Es tu deber... nuestro deber». En la guerra hispano-yanqui la esmirriada Armada española se enfrenta sufridamente a la poderosa escuadra americana, y Churruca-padre muere heroicamente en combate.

Era la muerte que Franco, muy probablemente, hubiese deseado para su padre real, antes que viviera deshonestamente tantos años.

LA «NOVELA FAMILIAR» DE FRANCO

La novela *Raza*, ejemplo para la juventud de España, era la plasmación literaria y cinematográfica de la «novela familiar» de Franco, en la que se inventó un padre que no fue el que realmente tuvo, e idealizó al máximo la madre que ciertamente sí tuvo.

Según Freud, la «novela familiar» es algo que el niño suele imaginar en una etapa del desarrollo anterior a la pubertad en la que va desligándose de los padres, de los dos o de uno de ellos. En esa etapa el niño despliega una intensa actividad de la imaginación, que sobre todo se manifiesta en los juegos y en los llamados «sue-

ños diurnos», sueños que son la realización fantástica de deseos surgidos de una privación afectiva y de un anhelo de carácter erótico o de ambición social, y que pueden continuar mucho tiempo después de la pubertad. Aunque los «sueños diurnos» del varón no sean, por lo general, de manifiesto contenido erótico, casi todas las hazañas que fantasea estando despierto tienen que ver con el deseo de gustar a una mujer y ser el preferido de ella, tal como ocurre en numerosos cuentos infantiles y en novelas heroicas o de aventuras.

Según parece, de niño Franco estuvo falto de afecto paterno y fue escasamente apreciado por los chicos de su edad, primos, compañeros y amigos. Debió encubrir su baja autoestima con las fantasías que imaginaba despierto. Promocionándose socialmente, realizando grandes hazañas y convirtiéndose en un héroe, conseguiría cubrir su déficit afectivo y ser amado por las mujeres. Por una serie de circunstancias que más adelante se describirán, Franco logró en la edad adulta realizar «realmente» muchas de sus fantasías preadolescentes y adolescentes, alcanzando muy joven un estatus de héroe similar al de los personajes históricos que admiraba en su infancia, con la consiguiente mejora de su estima social. De este modo, pudo asegurarse la predilección de la madre, en dura competencia inicial con su hermano Ramón, y la admiración de una casi niña, Carmen Polo, cuando fuera el «comandantín» en Oviedo, famoso ya por sus hazañas en Marruecos. Hasta entonces había despertado poco interés entre las mujeres, pero su suerte fue cambiando con el ascenso vertiginoso en su carrera militar.

Muy probablemente, el precio que debió pagar por ser amado fue demasiado caro: la permanente represión de la sexualidad, el excesivo autocontrol de los instintos y de las emociones, el exacerbado puritanismo, el insaciable afán de promoción social, la obsesión por el poder, la implacable persecución de sus enemigos reales o imaginarios, el frío ejercicio de la crueldad, la desconfianza en los demás, el endiosamiento narcisista, la racionalización paranoica, el delirio de grandeza, la progresiva soledad de sus últimos años. Y, para ello, hubo de asimilar rígidamente la ideología del sacrificio, la disciplina y el cumplimiento del deber por encima de todo, inyectada por la madre y reforzada por la esposa, y que también supo imponer a los que tuvo por debajo. Con mucha razón

Pilar Franco dirá que su hermano había sido un hombre sencillo con un exacerbado sentido del deber, incrustado en su subconsciente quizá por influencia de «nuestra madre».

Pero, para todo ello, precisaba también de la imagen de un padre firme con el que poder identificarse narcisistamente. Como su padre real no pudo ser su modelo idealizado, salvo en los primeros años de su infancia, tuvo que inventarse otro, perpetuando la «novela familiar» de su segunda infancia, por la que era otro diferente y mejor al que realmente fue. Esa «novela familiar» la imaginan la mayoría de los niños en una época en que los padres comienzan a no ser idealizados, a ser cuestionados y criticados. El conocimiento de los padres de otros niños, o la contemplación admirativa de personajes históricos o de leyenda, despierta la envidia del niño, lo que suele traducirse en fantasías que sustituyen a los padres reales, supuestamente falsos, por otros supuestamente verdaderos pero imaginarios.

Pero la «novela familiar» suele ser olvidada en la edad adulta, salvo en personas con fuertes fijaciones infantiles. Con toda probabilidad, Franco tuvo esas fijaciones con la madre, cuya imagen transfirió luego, inconscientemente, a su esposa y, quizá más tardíamente, a su hija. De ser cierto, una de las posibles consecuencias habría sido la impotencia sexual más o menos esporádica.

Con respecto a los héroes infantiles, se sabe que Franco los tuvo. De niño se aprendió casi de memoria las *Nociones de la Historia de España* y, muy probablemente, dispuso de las *Glorias de la Marina Española*, que en la novela *Raza Churruca*-padre regalaba a su hermano mayor y explicaba a todos los hijos. Pero la deslealtad imaginativa del hijo hacia el padre no es psicológicamente tan grave como pudiera parecer, pues a menudo se comprueba que, cuando el niño sustituye en su fantasía al padre por un personaje imaginario de rango superior, el «nuevo padre» es configurado con las cualidades procedentes del progenitor verdadero del tiempo en el que lo tuviera idealizado. De modo que lo que realmente hace el niño no es reemplazar al padre, sino exaltarlo proyectivamente en una figura imaginaria. El esfuerzo por sustituir al padre por otro supuestamente más distinguido no es sino la expresión de la nostalgia del niño por aquella época feliz de la primera infancia

desaparecida, en la que el padre parecía todavía el más fuerte y el más grande de los hombres.

Por eso, Jaime de Andrade, en *Raza*, hace morir heroicamente al padre, porque era la mejor forma que encontró de exaltarlo para siempre. Del mismo modo, Franco sólo pudo recuperar al padre idealizado de su infancia honrando su cadáver y elevándolo públicamente a la máxima jerarquía.

Finalmente, se quedará con la casa paterna de la calle de María. Aunque en ella «mi cuñada Carmen ha hecho grandes reformas. Es una lástima, pues ha borrado toda la historia de su infancia»¹⁶. Pero, con la reforma del viejo hogar familiar, Franco pudo exorcizar los malos recuerdos de su infancia.